

Otra Iglesia para una nueva era

Javier Elzo Imaz

Catedrático Emérito de Sociología
Universidad de Deusto (Bilbao)
E-mail: franciscojavierelzo@deusto.es

Recibido: 1 de febrero de 2018
Aceptado: 13 de marzo de 2018

RESUMEN: Estamos entrando en otra era en el planeta. Vivimos, por primera vez en la historia de la humanidad, en interconexión cotidiana. Esta realidad desemboca en un pluralismo insoslayable. Por otra parte, Europa inició hace 500 años una auténtica revolución ideológica, la Ilustración que, en el ámbito de lo religioso, ha desembocado en la secularización que, en algunos casos, ha transitado hacia el secularismo. En España, en las primeras décadas del actual siglo **xxi**, estamos inmersos en una doble matriz de contextualización: el pluralismo planetario y la secularización (y secularismo) europeo. En este artículo trato de analizar este fenómeno y las exigencias que conlleva, de las que destaco la necesidad de otra Iglesia para la nueva era en la que ya estamos.

PALABRAS CLAVE: Pluralismo, secularidad, secularismo, reforma, Iglesia católica.

1. Introducción

Vivimos en la era Internet. Una era global en la aldea mundial, una era plural en ideologías y creencias dispares que se entrecruzan, entremezclan, sin departamentos estancos, donde creyentes y no creyentes, a poco que se hablen, se reconocen no tan distintos, aun cada uno con su propia visión de las cosas. Estamos entrando en otra era en el planeta, atravesando una puerta nueva que nunca habíamos traspasado, entre otras razones porque tal puerta antes no

existía, no podía existir. Lo definiría con estas notas que por sí solas darían para más de un libro: vivimos, por primera vez en la historia de la humanidad, con la conciencia de que vivimos interconectados en un planeta. Con interconexión cotidiana. Que habitábamos en el planeta tierra y de que estábamos conectados de alguna manera, no es cosa de nuestros días. Algunos hablan de 1942 para significar esa percepción planetaria. Pero, en la actualidad, el decir y hacer de un chino, un suramericano, un australiano, un keniano, un español

etc., están, o pueden estar, a un clic de distancia entre sí. Internet nos ha cambiado todo. Esta realidad desemboca en un pluralismo insoslayable.

Por otra parte, y centrándonos ahora en la parte del planeta que ha vivido influenciada, de forma paradigmática, por la impronta del cristianismo, entró hace quinientos años en una auténtica revolución ideológica, también en el terreno de la religión, con grandes consecuencias en la organización de la vida social. A este fenómeno social y cultural se le ha denominado Ilustración que, en el ámbito de lo religioso, ha desembocado en lo que se etiqueta como secularización que, en algunos casos, ha transitado hacia el secularismo.

En España, en el corazón de Occidente, en las primeras décadas del actual siglo XXI, estamos inmersos en esta doble matriz de contextualización: el pluralismo planetario y la secularización (y secularismo) europeo. Estamos en efecto en un contexto que tiene su mayor asentamiento en Occidente, donde el cristianismo germinó y se expandió en primer y principal lugar, aunque, también es en Occidente, y de forma particular en Europa, donde el proceso de descristianización está más presente en los tiempos de hoy. Quizá, como consecuencia de la prolongada confesionalidad europea.

2. El pluralismo como realidad y como ideología

El pluralismo es una realidad empírica que viven las personas en su vida cotidiana. El pluralismo significa que diferentes cosmovisiones se encuentran, digámoslo así, en la vida ordinaria. El pluralismo es una realidad, tanto en su dimensión espacial como temporal. En su dimensión espacial constatamos que, en nuestros días, se ha instalado a lo largo y ancho del planeta. Las excepciones son, realmente, excepcionales. Pensamos en Corea del Norte, en algunos países del islam como Arabia Saudita, quizás alguna remota tribu en el Amazonas, en África o en Australia... Es cierto que no en todos los países del planeta se da el mismo nivel de pluralismo de ideas y, sobre todo, de su libre ejercicio público. En este orden de cosas es claro que Venezuela no es Chile, ni Turquía Grecia, o Cuba Estados Unidos y podríamos seguir con los ejemplos. Pero incluso en Venezuela, Turquía o Cuba, el anhelo de la libertad de pensamiento y de expresión, uno de los indicadores de una sociedad plural, avanza irremisiblemente. Pese a retrocesos, como en 2016 en Turquía.

Pero el pluralismo también avanza en la dimensión temporal. En Occidente pluralismo rima con la Ilustración. En el mundo religioso

católico con la Reforma de Lutero, justo hace quinientos años. Pero más cerca de nosotros, los que ya tenemos años y hemos nacido en plena dictadura franquista y en los primeros años del pontificado de Pio XII, hemos vivido la instalación del pluralismo en nuestras vidas.

El pluralismo es consecuencia, o es concomitante, con la modernidad. Los historiadores, los filósofos y los teólogos, pensando en el mundo occidental, sitúan la modernidad en la Ilustración, en la salida de la Edad Media, en los inicios de la salida de la era de la cristiandad, en cuyos estertores estamos en la actualidad, al final de la segunda década del siglo XXI. La Ilustración conllevaría la emancipación social del yo. La autonomía de la persona, al menos de su pensamiento. Por otra parte, los sociólogos, economistas, el mundo de la empresa, en general los expertos tanto en Ciencias Sociales como en las denominadas Ciencias “duras” o, exclusivamente empíricas, sin olvidar a las Ciencias Médicas o de la Salud, sitúan la modernidad también en consonancia con los avances científico-técnicos, comenzando con la máquina de vapor de mediados del siglo XIX, hasta nuestros días donde algunos desean implantar la “revolución transhumanista” comandada desde Silicon Valley con apoyo de los grandes capitales que les proporcionan

Google, Amazon, etc. En sociología de la religión ambos abordajes son pertinentes y así lo hacen los grandes expertos mundiales, Peter Berger entre ellos¹. El proceso de secularización hundiría sus raíces, justamente en la Ilustración. Lutero, añadido yo, como muchos otros, sería un ejemplo ilustrativo de este proceso “intramuros”, quiero decir, una secularización dentro de la Iglesia, cuando reivindica la autonomía radical del creyente en su relación con Dios, sin necesidad de la mediación eclesial.

Luego la implantación social del pluralismo a lo largo del planeta cabe relacionarla, prioritariamente, con la dimensión de la modernidad y, más concretamente, como consecuencia de los avances científico-técnicos de todo orden. Recuérdese cómo en el último siglo se ha doblado la esperanza de vida en los seres humanos. En los primeros homínidos la esperanza de vida rondaba unos 20 años, en el Imperio Romano se llegó a vivir 38 años de media, es en el siglo XIX cuando se consigue llegar a los 40 años y ha sido en el último siglo cuando lo hemos duplicado a los 80. Los homínidos previos han tardado 25.000 años en doblar la esperanza de vida a los 40 años, y en

¹ Cf. P. BERGER, *Los numerosos altares de la modernidad. En busca de un paradigma para la religión en una época pluralista*, Sígueme, Salamanca 2016.

cien años hemos conseguido doblarla de nuevo. En este contexto, sostengo, en una reciente publicación², que la fe cristiana y, más en concreto, la vivida en la confesión católica (que privilegio en mi análisis, pues en ella me inscribo) sufren un gigantesco revolcón cuyo futuro está, básicamente, en la forma como lo abordemos.

3. El pluralismo, la duda y sus derivas

Cuando el pluralismo se apunta en la sociedad premoderna, y se instala en la moderna de matriz católica, lo que es el caso de los países del sur de Europa, luego también de España, ya no es posible hablar del *supuesto de catolicidad* en el ámbito de las certezas. Isabel Gómez Acebo, en la presentación de mi último libro en la Universidad Pontificia Comillas en Madrid, el 11 de diciembre de 2017, mirando la vista atrás, recordó cómo, durante décadas, en la Iglesia se vivió “algo parecido a las dos Españas”, lo que plantea “el problema de los antagonismos” y admitió que, en nuestro país, esto ha sido una constante difícil de derrotar. “Muchos hemos vivido en el nacional-catolicismo, y nos cuesta mucho

aceptar la pluralidad. Franco entraba bajo palio en las iglesias, y la moral condicionaba el código de conducta de todos los españoles”, admitió³.

El pluralismo religioso conduce a la desinstitucionalización política de la religión y a la subjetivación de la fe⁴. El pluralismo constituye el gran desafío al que se enfrenta en nuestros días cualquier tradición y comunidad religiosa. La verdad religiosa de cada creyente no aparece como algo obvio, evidente, como una certeza incuestionable desde el momento en que conocemos y más todavía si convivimos o conversamos con personas de otra confesión religiosa o con personas que se dicen no creyentes.

Berger muestra empíricamente y defiende sociológicamente lo que denomina, a lo largo de todo su trabajo, los dos pluralismos en la sociedad actual en el ámbito de lo religioso, a saber: el pluralismo in-

² J. ELZO, *Morir para renacer. Otra Iglesia posible en la era global y plural*, San Pablo, Madrid 2017.

³ Las referencias pueden encontrarse en: <http://www.periodistadigital.com/religion/libros/2017/12/11/javier-elzo-religion-iglesia-san-pablo-libros-morir-renacer-fernando-vidal-gomez-acebo-fundamentalismo-catolicismo-papa-francisco.shtml>

⁴ Es la tesis de Marcel Gauchet, no siempre bien comprendida, del cristianismo como “la religión de la salida de la religión”, tesis a la que concedo una parte relevante en el tercer capítulo de mi último libro. Ver nota 2.

terreligioso dada la coexistencia de diferentes religiones, por un lado, y la coexistencia de los discursos secular (*etsi Deus non daretur*) y religioso, por el otro. Personalmente me permito añadir que vivimos también un pluralismo intraeclesial. Es evidente en el caso de la Iglesia Católica, a lo largo de su historia y, particularmente, desde el Concilio Vaticano II.

En esta situación sociológica, la duda aparece como un elemento esencial de la fe religiosa en una sociedad pluralista. “Una fe que no duda es una fe dudosa”, ya decía Christian Duquoc hace más de 40 años, pero también nos advertía Newman del riesgo de poner “más el acento en el ejercicio de la fe que en el objeto de la fe, en la seguridad y fuerza persuasivas de la doctrina que en la propia doctrina. Así la religión acaba siendo una contemplación de sí mismo y no de Cristo”⁵. De ahí la necesidad de saber gestionar bien la duda y escapar de dos de sus derivas más nefastas: el relativismo y el fundamentalismo.

El relativismo no solamente supone que todo vale, que cada cual pueda opinar libremente de lo que quiera pues no hay ninguna verdad inalterable. Además, los que defienden ese planteamiento lo

hacen con el convencimiento de que esa es la auténtica forma de pensamiento de la modernidad. Más aún, es la forma superior de pensamiento, a la que no se tardará en darle el epíteto y el marchamo de pensamiento tolerante, con lo que prostituimos el término de tolerancia, que queda degradado a la idea de que cada cual puede pensar lo que quiera (sin violencia añaden algunos) sin necesidad de dar cuenta de por qué piensa como piensa, pues el mercado de las ideas y de las opiniones está abierto, sin limitación alguna. En la era Internet, con la proliferación *ad infinitum* de los comentarios anónimos en las redes sociales, en las radios y en la prensa digital, la comunicación es una serie de soliloquios de resentidos, inundados muchas veces de insultos y descalificaciones que han ahogado toda posibilidad de debate, diálogo, deliberación, intercambio razonado de puntos de vista, etc.

El fundamentalismo es la respuesta del débil que no sabe o no puede gestionar la duda. Es un intento de restaurar la certeza, es la búsqueda de la seguridad y responde a la demanda de superar la incertidumbre. En realidad, no son legión, precisamente, quienes pueden soportarlo en todas sus exigencias. La duda y, sobre todo, la reflexión sobre el objeto de la duda es algo difícil de llevar. Lo mismo cabe decir de la gestión de

⁵ J. H. NEWMAN, *Lectures on the Doctrine of Justification*, Rivington 1840, 368-369.

la duda. Para la institución religiosa sí, y para cada persona, en particular, también. Para no caer en el pozo de la duda sistémica y en el autismo del pensamiento, como nos decía Newman.

El relativismo conduce al individuo hacia el nihilismo moral; el fundamentalismo hacia el fanatismo. Como escribe Berger, «el fundamentalismo balcaniza una sociedad, llevando, o bien a un conflicto permanente, o bien a la coerción totalitaria. El relativismo socava el consenso moral sin el cual no puede subsistir ninguna sociedad»⁶. La única salida posible consiste en superar la polaridad *fundamentalismo-relativismo*, mediante la deliberación, la medida y la superación, con una crítica fundamentada, más allá de las dos derivas de la incertidumbre en la sociedad plural de nuestros días. Esta situación de pluralismo, secularidad, y *planetarización* intercomunicada exige otra Iglesia.

4. Otra Iglesia posible y necesaria

Afirmaba el año 1999 el papa Benedicto, en san Juan de Letrán, que a los laicos no se les puede considerar solamente como “co-

laboradores” del clero, sino reconocerles realmente como “corresponsables” del ser y del actuar de la Iglesia. El papa Francisco, en 2015 en Filadelfia, afirmó que “el futuro de la Iglesia pasaba por los laicos y por las mujeres”. Y se podrían multiplicar sus referencias al respecto.

Todavía hoy veo una iglesia piramidal, con un papa de poderes prácticamente ilimitados, una iglesia gerontocrática, masculina, clerical, occidental, iglesia de la que se dicen pertenecientes más de mil doscientos millones de personas pero que es gobernada, en última instancia, por unas pocas personas: el papa, los obispos en ejercicio, y la burocracia de la Curia. Mujeres (laicas y religiosas) y los hombres no clérigos tenemos derecho a la opinión (sobre todo, si nos la solicitan) pero en absoluto a la decisión, que compete exclusivamente a los sagrados pastores en su propio nivel de decisión. ¿Cómo ser corresponsable de lo que no se ha decidido?

Por eso vengo proponiendo otro modelo de Iglesia para el siglo XXI⁷: una Iglesia en red, al modo de un gigantesco archipiélago que cu-

⁶ P. BERGER, *op. cit.*, 41.

⁷ Cf. J. ELZO, *¿Quién manda en la Iglesia? Notas para una sociología del poder en la Iglesia Católica del siglo XXI*, PPC, Madrid 2016, 250-304.

bra la faz de la tierra, con diferentes nodos en diferentes partes del mundo, interrelacionados entre sí y, todos ellos, religados a un nodo central, que no centralizador que, en la actualidad, está en el Vaticano. En el Vaticano (o en otras partes del planeta) todos los años se reuniría, tras una selección lo más democrática posible, una representación universal de obispos, sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos de ambos sexos, miembros de la curia, todos bajo la presidencia del Papa, para debatir sobre la situación de la Iglesia en el mundo y adoptar, si es el caso, las decisiones pertinentes. Decisiones que, en determinadas circunstancias, obligarían al mismo Papa.

Luego exige reformas en la Iglesia católica. Reformas “de” y “en” la Iglesia, que las presento en mis trabajos distinguiendo tres ámbitos: la reforma de las personas, la de los que nos decimos creyentes, la reforma *ad intra* de la iglesia y la reforma *ad extra* de la Iglesia. La reforma es una constante conversión personal. Conversión misionera en feliz expresión de Francisco. Hay que comenzar por un examen de conciencia, personal y colectivo. Creo que el viejo esquema de “ver, juzgar y actuar”, pese a las cuestiones que plantea, sigue siendo muy válido.

A nivel interno, *ad intra* de la Iglesia, las tres reformas que considero prioritarias serían: resolver el papel de la mujer, la apuesta decidida por la sinodalidad, y la superación del clericalismo. A nivel externo, en la actuación en el mundo, subrayaría estas tres: erradicar la nostalgia del estado de cristiandad; participar con firmeza, pero, sin prepotencia, en la construcción de un mundo más justo, convivial y solidario con los más necesitados; y avanzar hacia una iglesia propositiva sin limitarse, y sin olvidar, la dimensión caritativa y la denunciativa.

5. Por una Iglesia, también propositiva

Defiendo cuatro dimensiones que, a mi juicio, deben tener las acciones de los cristianos en el mundo. La dimensión *personal*, de conversión misionera en palabras de Francisco; la dimensión *caritativa* directa de ayuda a los más necesitados; la dimensión *denunciativa* de las injusticias, particularmente las estructurales; y la dimensión *propositiva*, el denodado esfuerzo de proponer y trabajar por otra sociedad, más justa, más convivial, más humana, en suma. Quiero subrayar aquí esta cuarta dimensión.

Hace tiempo que ya no basta con denunciar las injusticias. Ya no es

suficiente criticar sin proponer alternativas, pero que sean viables y sostenibles. Esta labor no es exclusiva del cristiano. Por supuesto. Menos aún debe pretenderse que los cristianos tienen, tenemos, una varita mágica para llevar la tarea a buen término. Pero un cristiano que pretenda serlo no puede no estar en esta labor de humanizar la sociedad, con una acción prioritaria hacia los más necesitados, denunciando las injusticias de la sociedad del dinero y la tecnología a su servicio (no perdamos de vista el Movimiento Transhumanista), trabajando, con otros, creyentes o no creyentes, para que la nueva sociedad no sea una quimera sino una utopía.

Concluía una conferencia en Barcelona sobre la acción de la Iglesia y de los cristianos en la sociedad diciendo que “tanta universidad, sea de Iglesia o laica, tantas entidades del tercer sector, sean laicas o religiosas, que tengan en su ideario el bien común, debieran ser capaces de prolongar las justas reivindicaciones, trabajando, con realismo utópico, por otra sociedad más justa y humanizadora. Es urgente e importante”. Y en estos momentos, cerrando estas líneas para *Razón y Fe*, me encuentro con un nuevo y extraordinario texto del papa Francisco, la Constitución Apostólica *Veritatis Gaudium* (VG).

6. La magnífica novedad de la *Veritatis Gaudium*

En esa Constitución sobre las universidades y facultades eclesíásticas, presentado el 29 de enero de 2018, señala Francisco, entre otras cosas, que “ha llegado el momento en el que los estudios eclesíásticos reciban esa renovación sabia y valiente que se requiere para una transformación misionera de una Iglesia ‘en salida’”. También se afirma que “la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que todo el Pueblo de Dios se prepare a emprender ‘con espíritu’ una nueva etapa de la evangelización”. Francisco habla de la necesidad de un “compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma”. “Más aún —me atrevo a decir— hacia «una valiente revolución cultural»”, añade. En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesíásticas “está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas”. El Papa señala cuatro criterios fundamentales para una renovación y un relanzamiento de la aportación de los estudios eclesíásticos a una Iglesia en salida misionera:

1. La “introducción espiritual, intelectual y existencial en el corazón del *kerigma*”, es decir, la siempre nueva y fascinante

buena noticia del Evangelio de Jesús, “que se va haciendo carne cada vez más y mejor” en la vida de la Iglesia y de la humanidad.

2. Un segundo criterio, que está íntimamente relacionado con el anterior y que es fruto de ese, es el “diálogo a todos los niveles”. El Evangelio y la doctrina de la Iglesia están llamados hoy a promover una “verdadera cultura del encuentro”, en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal, apunta Francisco (según leo en el resumen de *Zenit*).
3. La “inter- y la trans-disciplinaria ejercidas con sabiduría y creatividad a la luz de la Revelación”. “Se trata de ofrecer, a través de los distintos itinerarios propuestos por los estudios eclesiológicos” –explica Francisco en *VG*– “una pluralidad de saberes que correspondan a la riqueza multiforme de lo verdadero, a la luz proveniente del acontecimiento de la Revelación, que sea al mismo tiempo recogida armónica y dinámicamente en la unidad de su fuente trascendente y de su intencionalidad histórica y metahistórica”.
4. La necesidad urgente de “crear redes” entre las distintas instituciones que, en cualquier

parte del mundo, cultiven y promuevan los estudios eclesiológicos, y activar con decisión las oportunas sinergias también con las instituciones académicas de los distintos países y con las que se inspiren en las diferentes tradiciones culturales y religiosas. Al mismo tiempo, señala, establecer centros especializados de investigación que promuevan el estudio de los problemas de alcance histórico que repercuten en la humanidad de hoy, y propongan pistas de resolución apropiadas y objetivas.

VG nos muestra la absoluta necesidad de una Iglesia en salida, con otro paradigma desde la profundización del *kerigma* central del cristianismo, esto es, con voz propia, una Iglesia proactiva, propositiva a nivel planetario, una Iglesia en red, abierta a todos, que se concreta, en este documento, en los centros de Iglesia, lo que denominan, en expresión que no considero feliz, estudios eclesiológicos, aunque abiertos a otro tipo de estudios, también de otras religiones, así como con los centros laicos.

7. ¿Hacia la edad de oro de la Iglesia?

En mi intervención en el Congreso sobre “La pastoral de las grandes ciudades”, que tuvo lugar en Barcelona del 20 al 22 de mayo de

2014, defendí que, en la sociedad globalizada y mundializada, la Iglesia tiene “una oportunidad de oro”, ya que, afirmaba entre otras cosas, que es “la única institución mundial que está estructurada, jerarquizada, y que forma una unidad. No hay otra. Y es la única con capacidad de oponerse al capitalismo financiero dominante”⁸.

La universalidad de la Iglesia católica supone, en efecto, una oportunidad de oro en un mundo globalizado, pero también un riesgo si no se supera la uniformidad (de leyes, por ejemplo) en el planeta Iglesia. Creo básico reconocer y valorar, por un lado, la doble dimensión de iglesia particular e iglesia universal de la Iglesia Católica y, por el otro, volviendo al símil del archipiélago y sus nodos que utilizo para expresar mi propuesta de Iglesia sinodal y participativa para el siglo XXI, donde sostengo, firmemente, que estos nodos deben mantener relaciones entre sí, y una relación privilegiada con la sede petrina. Toda la tradición e historia de la iglesia, con avatares y acentuaciones diversas, nos ha mostrado esta realidad. Sería absolutamente estúpido que en la era Internet, en la era de la globalización mundializada, que

la iglesia católica no potenciara (de forma inteligente y acorde al principio evangélico del servicio a los más necesitados) la figura del Papa y la gobernanza planetaria como un punto nodal central, que no centralizador, que en la actualidad está situado en el reducto vaticano de Roma, reducto a preservar celosamente⁹.

El pluralismo, bajo el principio de subsidiariedad, es el vector que, a nuestro juicio, ayudaría a avanzar en la dirección correcta. Sí, el pluralismo religioso, tanto inter-ecclesial entre las diferentes confesiones religiosas, como intraecclesial en el interior de la Iglesia Católica. Buscando una síntesis del modelo tradicional de legitimación del poder (¡veinte siglos de historia para aprender!) con el ejercicio racional-legal de ese poder, por decirlo en términos weberianos, sin olvidar el carisma, cuando surja, un modelo de Iglesia en el que la inmensa mayoría de los que nos decimos cristianos en la confesión católica, esto es, los no clérigos, mujeres y hombres, podamos, de verdad, ser corresponsables “en” y “de” la Iglesia. Marco Politi termina su libro *Francisco entre los lobos*, con unas palabras que ya las utilicé

⁸ J. ELZO “Formas de vinculación y formas de desvinculación de la gran ciudad”, en L. MARTÍNEZ SISTACH (ed.), *La pastoral de las grandes ciudades*, PPC, Madrid 2015, 43-85.

⁹ He abordado estas cuestiones, en detalle, en mi publicación *¿Quién manda en la Iglesia?*. Ver particularmente el capítulo octavo titulado “Por una iglesia representativa de su universalidad”.

para concluir el mío sobre el poder en la Iglesia. Escribía Politi:

“El resultado para la Iglesia podría ser un *New Deal* como el del presidente Roosevelt en EE.UU. o un terremoto comparable al de la perestroika de Gorbachov. El papa argentino es perfectamente consciente de que lleva a cabo un cambio radical. *Comencemos una nueva etapa para la Iglesia*. Esa es la fórmula, revelada por su amigo el teólogo Víctor Manuel Fernández. Francisco no se hace ilusiones. Una Iglesia que no se acerque más a las personas y no muestre el rostro de Jesús con amor corre el riesgo de morir. Si (Francisco) logra transformar los sínodos episcopales en un instrumento permanente de participación en el gobierno papal, a hacer de ellos pequeños concilios donde se decida la dirección de la Iglesia en la modernidad- implicando en esa labor al pueblo de los fieles, hombres y mujeres sin distinción- la revolución de Bergoglio será irreversible”¹⁰.

Mis reflexiones, modestamente, van en esa línea. Fernando Vidal, que también nos acompañaba en la presentación de mi último libro, además de lanzarme el piropo de “ser un místico de la esperanza” (esperanza ya tengo, pero lo de místico..., ¡qué más quisiera ser

yo!), reflexionaba así: “Hay tanta contestación interna... pero miremos alrededor. ¿Cuánta gente ha vuelto el rostro? ¿Damos ganas de volver a creer? Porque la gente tiene ganas de volver a creer. Esta reforma franciscana del siglo XXI nos está poniendo en desafío con nosotros mismos, en el ámbito de la cultura y la transformación social”.

Vivimos en la era de Internet, escribía al inicio de estas páginas. Una era donde el pluralismo es cotidianidad, una era que deja atrás la de la cristiandad y la de las “obvias” certezas. Una era, también, en la que, por mor del dios Dinero y la codicia que conlleva, las diferencias se están haciendo mayores entre opulentos y descartados. Se precisa otra Iglesia para esta era. El centenar de generaciones de cristianos que nos han precedido nos han mostrado que han sabido adaptarse a los tiempos que les tocó vivir. Con mayor o menor fortuna, con grandes aciertos y, también, con enormes errores, a menudo con trágicas consecuencias. Los cambios de nuestro tiempo son más rápidos y profundos que nunca. Por eso, hoy, quizás más que nunca, debemos atender a las palabras que Juan pone en boca de Jesús «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). ■

¹⁰ M. POLITI, *François parmi les loups*, Philippe Rey, París 2015, 283.

SALTERRAE



JOSEP OTÓN CATALÁN

Interioridad y espiritualidad

P.V.P.: 12,00 €
208 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

¿Qué necesita nuestro mundo para progresar y alejarse de lo que pone en riesgo la vida? Al atrevernos a entrar en nuestro propio interior es cuando podemos encontrar las mejores respuestas. En ese vacío donde nos miramos y nos comunicamos con nosotros mismos, encontramos “algo” que abre nuevas perspectivas y permite observar la realidad con unos ojos nuevos y globales. Una verdadera espiritualidad que fortalece, calma y orienta, animando a afrontar los retos de cualquier individuo o comunidad.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@gcloyola.com
